

## RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

### II.- GUSTAD Y VED (DON DE SABIDURÍA)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

#### VER:

En nuestra vida de fe, en general, sabemos y conocemos mucho sobre Jesús como Hijo de Dios; del Padre también lo conocemos por que Jesús nos lo ha dado a conocer, nos resulta bastante familiar, pero acerca del Espíritu Santo, más allá de afirmar que es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que creemos en Él, muchos de nosotros no nos atreveríamos a entrar en detalles.

A lo mejor nos ocurre como a aquellos discípulos que Pablo encontró en Éfeso (cfr. Hch 19, 1-7), a quienes preguntó: ««¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?»» Ellos respondieron: «Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo». Entonces Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar”.

Estos discípulos recibieron visiblemente el Espíritu y sus dones con un realismo tangible, que nosotros estamos lejos de experimentar. Por eso, necesitamos aumentar el trato con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, para caer en la cuenta de que la manera actual por la que Dios llega a nosotros es el Espíritu Santo, y descubrir que es una Persona tan real como el Padre y el Hijo, que nos espera para establecer con nosotros una relación de intimidad.

El Padre, para acercarse al ser humano, envía a su Hijo. Y el Hijo, tras su Muerte, Resurrección y Ascensión, envía al Espíritu Santo. Ahora, quien siente y sigue al Espíritu siente y sigue a Jesús. El Espíritu Santo es mensaje, es presencia, es vínculo de lo más íntimo de Dios con lo más íntimo de nosotros, si es que sabemos reconocer su presencia escondida en las realidades diarias.

Nuestro camino para llegar a Jesús es el Espíritu Santo, como Jesús es el camino para llegar al Padre: del Espíritu a Jesús, y de Jesús al Padre. Así como Jesús hace presente al Padre con su caminar entre los hombres y mujeres de su tiempo, así el Espíritu Santo hace presente a Jesús hoy en nuestro caminar.

En el retiro anterior, el Señor nos cuestionaba, como a la mujer samaritana: “Si conocieras el don de Dios...” Si tuviéramos ojos para ver y fe para sentir la presencia del Espíritu, que se nos acerca de mil maneras, en lo pequeño y en lo grande... cambiaría nuestra vida. Y, para que podamos acogerlo mejor, el gran don que es el Espíritu Santo se desgrana en siete “dones”.

Hoy vamos a profundizar en el **don de la sabiduría**, que no se refiere a los conocimientos o la instrucción intelectual, sino al “arte de vivir”, de saber conducirse en la vida. Porque hay personas que saben muchas cosas, pero les falta lo más importante: no saben vivir.

#### Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el don de sabiduría?

## JUZGAR:

### **Salmo 34, 9: “Gustad y ved qué bueno es el Señor.”**

Partiendo del plano humano, el fin primero de la sabiduría es comprender, es conocer este mundo en toda su complejidad: el mundo físico, el mundo de los animales, y sobre todo el del ser humano con su comportamiento, sus tendencias y su capacidad. Los sabios buscaban lo que podía ayudar al ser humano a orientarse en este mundo, a vivir y a obrar mejor. El objetivo de su sabiduría era el “saber vivir”, el “saber hacer”.

Quien posee sabiduría no la enseña, no es un profesor, sino un testigo. Quien posee sabiduría da testimonio, no ejemplo. El ejemplo siempre implica una invitación a “piensa como pienso yo”, un “ímitame a mí”; en cambio en el testimonio el valor se pone en lo experimentado, en la vida, no en quién la experimenta.

La sabiduría es una palabra que llena el Antiguo Testamento. Tiene un libro entero a su nombre, y se derrama por salmos y profetas, que van desarrollando la sabiduría divina: “**Mis delicias están con los hijos de los hombres**”, leemos en el libro de los Proverbios (8, 31) personificando a la Sabiduría divina, que se deleita en la interacción con la humanidad. En consecuencia, nuestra delicia está en admirar, pedir, recibir, llenarnos de esa Sabiduría que da sentido a la vida y gusto a todo lo que hacemos.

Porque etimológicamente, “sabiduría”, viene de la palabra latina “sapere”, de la cual derivan dos palabras: “saber” y “sabor”, dos palabras que indican lo mismo: un saber que sabe, gustándola, de qué se trata la vida. Un saber que no es teórico: la sabiduría es el testimonio de lo experimentado, la experiencia de la vida misma, de su gusto. Por eso, el don de la Sabiduría tiene más que ver más con el “sabor” que con el “saber”.

Así lo expresa el Salmo 34, 9: “**Gustad y ved qué bueno es el Señor**”. San Ignacio de Loyola escribía que el fin de los Ejercicios Espirituales es enseñar a “sentir y gustar de las cosas internamente”, saboreándolas, paladeándolas, rumiándolas, para que entren no sólo en la mente y en el entendimiento sino en el cuerpo entero, y llenen con su sabor divino todo lo que somos.

“Gustar” es la palabra clave. El gusto es un sentido íntimo, a la vez espiritual y corporal, que hace llegar hasta lo profundo de la persona el entendimiento y el placer sereno de la belleza de las cosas y el orden que Dios puso en ellas.

El racionalismo exagerado que vivimos desde hace siglos en Occidente hace prevalecer la razón, se proponen argumentos. Pero, como dijo el filósofo Pascal, las personas pensamos también, y sobre todo, con el corazón, que el corazón “tiene razones que la razón no entiende”. No se pudo obviar esa convicción que surge de lo profundo del alma y que “sabe” cuál es el camino verdadero y la respuesta justa, aunque no pueda demostrarlo con pruebas matemáticas.

El sentido del gusto es el más atrofiado por tantos sabores artificiales que impiden saborear las cosas del Espíritu. Cuando gozamos de buena salud, el sentido corporal del gusto nos lleva a distinguir lo sano de lo nocivo; del mismo modo, nuestra alma, si se encuentra en buena salud, puede sentir la divina consolación y reconocer su “gusto” inconfundible.

La Sabiduría abre la puerta a la inspiración, al mundo en que se mueven los sabios y los santos, que ven lo que nosotros no vemos y gozan lo que nosotros no gozamos porque ellos “saben” gustar y ver más allá de lo aparente, de demostraciones y pruebas.

En nuestra sociedad hablamos del “buen gusto”, que se manifiesta en la elegancia espontánea de hombres y mujeres que actúan con gracia natural, en el hablar y actuar en la vida diaria. El don de Sabiduría es el don del “buen gusto” en las cosas del Espíritu, y se manifiesta en el saber discernir, disfrutar, agradar... Se muestra en la familiaridad con Dios y con los demás, en la alegre confianza, en el bien actuar.

La Sabiduría es un don que se encarna, a semejanza de la Palabra que se hizo carne en Jesús, y se visibiliza en el encuentro mutuo, en la comunicación cercana, en gestos de servicio. La Sabiduría nos hace saber gustar donde la gente sólo consume; saber disfrutar donde la gente se aburre; saber reposar donde todo el mundo tiene prisa por llegar a no saben dónde. La Sabiduría nos ofrece el don de apreciar la vida, de encontrar razones para la esperanza, de poner paz en nuestra mirada.

### **Para la reflexión:**

- ¿Sé encontrar “sabor” a la vida? ¿Dónde lo encuentro más fácilmente?
- ¿Sé “gustar” las cosas de Dios? ¿En qué momentos?
- ¿Tengo “buen gusto” para vivir mi fe? ¿Cómo lo manifiesto?

### **ACTUAR:**

#### **Del Evangelio según san Lucas (2, 41-52):**

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Éstos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.<sup>48</sup> Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

El don de Sabiduría no se recibe de una vez para siempre, implica el mantenimiento de una relación con la vida, es una escucha continua. La Sabiduría va respondiendo a los hechos que nos presenta la vida, la propia vida de quien la vive.

San Lucas nos narra que Jesús, a los doce años, deslumbra a los doctores del Templo con sus intervenciones. Los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Y termina diciendo que Jesús “iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2, 52). No podía ser de otra manera: Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo, y a medida que iban desarrollándose su cuerpo y su mente, en los años de su vida oculta en Nazaret, también se incrementaban en Él los dones de lo alto y, sobre todos ellos, el don de Sabiduría.

Cuando inició su predicación, fue a su ciudad y se puso a enseñar en su sinagoga. La gente decía admirada: “¿De dónde saca éste esa sabiduría y esos milagros?” (Mt 13, 54), porque estaban siendo testigos del don que le llena, y “gustan” el buen sabor de las palabras que Jesús les dirige.

Todos estamos llamados a crecer en Sabiduría ante Dios y ante los demás, a “gustar” cada vez mejor las cosas de Dios. Hay quienes hacen del sentido del gusto, en la estricta acepción de la palabra, incluso un arte y una profesión. Los catadores de vinos, por ejemplo, afinan sus sentidos, cultivan su experiencia, repiten sus pruebas, se entrena para identificar con seguridad cada marca, cada cosecha, el color, el cuerpo, la transparencia, el aroma. Y esto lo hacen acompañándose de gestos: los ojos cerrados, la mano acunando la copa, el olfato alerta, la boca limpia...

El don de Sabiduría nos hace “catadores” de los sabores del Espíritu, nos despierta los sentidos y da mayor valor a la vida. Y, aunque es un don, un regalo de Dios, para acogerlo y disfrutarlo necesitamos también una disposición interior, necesitamos cultivar nuestra fe, acompañarla de gestos, rituales... que nos ayudan a que la Sabiduría se enraíce en lo profundo de nuestro ser.

Para crecer en Sabiduría ante Dios y ante los demás, necesitamos aprender a “gustar” a Dios, a “gustar” de los momentos de encuentro con Él en las celebraciones, a “gustar” de los tiempos de formación en los Equipos de Vida, a “gustar” de nuestros compromisos evangelizadores y que nuestra fe se manifieste en nuestras palabras y nuestras obras.

Por eso, terminamos haciendo nuestras las palabras de la oración para alcanzar sabiduría, que encontramos en el libro del mismo nombre: (Sab 9, 1-10)

Dios de los padres y Señor de la misericordia, que con tus palabras hiciste todas las cosas, y en tu sabiduría formaste al hombre. Dame la sabiduría asistente de tu trono, pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, sin la sabiduría, que procede de Ti, será estimado en nada.

Contigo está la sabiduría, que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos. Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato.

### **Para la reflexión:**

- ¿Siento que he crecido en sabiduría a lo largo de mi vida?
- ¿Qué hago para ser buen catador de los sabores del Espíritu?
- ¿“Gusto” de las celebraciones, de las Eucaristías, de la formación en los Equipos de Vida, del compromiso... o lo hago a “dis-gusto”?

## RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

### II.- GUSTAD Y VED (DON DE SABIDURÍA)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

#### VER:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el don de sabiduría?

#### JUZGAR:

Salmo 34, 9: “Gustad y ved qué bueno es el Señor.”

- ¿Sé encontrar “sabor” a la vida? ¿Dónde lo encuentro más fácilmente?
- ¿Sé “gustar” las cosas de Dios? ¿En qué momentos?
- ¿Tengo “buen gusto” para vivir mi fe? ¿Cómo lo manifiesto?

#### ACTUAR:

##### Del Evangelio según san Lucas (2, 41-52):

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Éstos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.<sup>48</sup> Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijeron su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

- ¿Siento que he crecido en sabiduría a lo largo de mi vida?
- ¿Qué hago para ser buen catador de los sabores del Espíritu?
- ¿“Gusto” de las celebraciones, de las Eucaristías, de la formación en los Equipos de Vida, del compromiso... o lo hago a “dis-gusto”?

##### ORACIÓN PARA PEDIR SABIDURÍA (Sab 9, 1-10):

Dios de los padres y Señor de la misericordia, que con tus palabras hiciste todas las cosas, y en tu sabiduría formaste al hombre. Dame la sabiduría asistente de tu trono, pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, sin la sabiduría, que procede de Ti, será estimado en nada.

Contigo está la sabiduría, que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos. Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato.